

Paladín, o la entereza

Avero había oído contar la historia de Salvador y Aurora, o la tragedia de un destino que rompe la ley natural y se ceba sobre los más justos. Avero había visto en Caja-Canarias a un hombre canoso, frisaba los 60, entero, que a veces levantaba la mano y proclamaba con voz fuerte su fe en la cultura. Lo que no supo Avero, hasta el viernes pasado en el Cabildo, es que aquel hombre y Salvador Pérez eran la misma cosa. Lo que sí supo Avero es que aquel hombre entero, o aparentemente entero, estaba allí, en el nombre de sus hijos, para reivindicar la obra viva de un joven escritor muerto. Lo que sí supo Avero aquella noche, ante las magas asombradas de Aguiar, ante la mucha gente que abarrotaba el Noble Salón, es que aquel hombre había venido a enseñarnos, a través de la obra de su hijo, que la Literatura no sólo sirve para ser más sabios y más libres, sino para asumir el dolor, para reinventarlo y trascenderlo. A partir de ahora, humilde, inevitablemente, la obra inacabada de Carlos Salvador, estará unida a su padre, a su callada madre. Y él, Salvador Pérez, será un Paladín, un palanquín, de la entereza.